

presidiendo la vital embajada argentina en los EE.UU., y Julio, comandando el arma más importante del país, el Ejército.

Casi al terminar el año hay más renunciaciones. Salimei deja su puesto al expectante Adalberto Krieger Vasena, y Guillermo Borda, un constitucionalista sin antecedentes políticos reemplaza al agotado Martínez Paz en el estratégico Ministerio del Interior. Antonio Lanusse, el polémico secretario de Transporte abandona su cargo para asumir como ministro de Defensa. Desde el gobierno, más precisamente desde la secretaría de Gobierno, se murmuraba que "Onganía corre el peligro de verse copado por los liberales" -se referían a los Alsogaray, Krieger y Lanusse- como si las designaciones de los funcionarios no hubiesen sido hechas por el presidente en persona, cuyo poder en ese momento era poco menos que absoluto.

Estos cambios se habían producido poco después que el presidente en reunión de gabinete exhortara a sus colaboradores *"lo bueno, como lo malo, si breve dos veces bueno... facilitenme la reestructuración del gabinete presentándome sus renunciaciones. Personalmente quiero decirles que he encontrado en ustedes tres cualidades: lealtad, coraje civil e inteligencia, es todo cuanto tengo que decirles"*. Antes de oficializarse esta actitud del presidente, la opinión pública "sabía" que había crisis en el gobierno, y por supuesto cambios, pero también "sabía" que esta crisis no arrastraría al hombre de mayor confianza de Onganía, en esos momentos, el canciller Nicanor Costa Méndez, y la calle tuvo razón. El perfil del nuevo gabinete tenía ahora más definición: Nicanor Costa Méndez era un viejo representante de intereses británicos en la Argentina; Krieger Vasena por su parte, estaba sólidamente vinculado a intereses norteamericanos, mientras que Guillermo Borda, el nuevo ministro político, era un... apolítico. Las cosas parecían estar claras. Se incentivarían las medidas y contactos con los centros económicos, mientras que la política interna estaba condenada a invernar. Habían pasado apenas seis meses, y el gobierno se modificaba en las áreas de mayor trascendencia. El presidente en persona explicó el cambio "la revolución es un proceso que será largo... la salida de los funcionarios es fruto del desgaste natural y a veces inevitable... el gobierno no va a producir nuevas divisiones. No existe el pretendido corporativismo". Para no pocos adictos al golpe del 28 de junio "los liberales habían ganado una batalla, importante, pero no la última".

## NI IDEOLOGÍA NI EFICIENCIA, SÓLO KRIEGER VASENA

Muchos argentinos ya se preguntaban cuál era la tendencia de la revolución y cuál era su ideología. Además no se visualizaba cómo quería operar dentro del seno de la sociedad argentina. Los mensajes, tanto del presidente como de sus colaboradores más inmediatos, llevaban a confusión, desconcierto. Según quién hablase desde el gobierno, el pueblo sacaba distintas conclusiones, y en más de una oportunidad los mensajes eran simplemente una suma de palabras sin mayor contenido ni posición.

El gobierno pretendía separar lo político de lo económico y esto era una actitud ingenua, infantil. Ambas, política y economía son dos caras de una misma realidad. Es común escuchar cómo se aplican en forma indiscriminada términos como democracia, dictadura, capitalismo o socialismo, a las fórmulas y sistemas políticos como a los económicos. Sin embargo, los dos primeros términos históricamente se han referido a los sistemas políticos, mientras que capitalismo y socialismo a los sistemas económicos.

El gobierno estaba dividido en dos grupos claramente identificados, el grupo que pretendía darle un determinado color político (Borda-Díaz Colodrero) y el que pretendía darle una forma económica (Krieger Vasena y su equipo económico-Alvaro Alsogaray). Para algunos, la crisis argentina es esencialmente política y pretendían cambiar totalmente el sistema político, y hablaban de esa manera de una nueva forma de política sin precisar los cómo y cuántos.

Para otros, el tema era puramente economicista y pretendían imponer una determinada forma

**El perfil del nuevo gabinete tenía ahora más definición: Nicanor Costa Méndez era un viejo representante de intereses británicos en la Argentina; Krieger Vasena por su parte, estaba sólidamente vinculado a intereses norteamericanos, mientras que Guillermo Borda, el nuevo ministro político, era un... apolítico.**

de economía -en este caso de neto corte liberal- pero que tendría como desemboque la consolidación de un sistema económico capitalista en todas sus formas.

Para los entendidos la incorporación de Krieger Vasena al gabinete era un recorte al poder del propio Onganía. Estos no imaginaban un Krieger dispuesto a cumplir el rol de Salimei. Aseguraban que la fuerte personalidad del ex ministro de la Revolución del '55 y su prestigio tanto en el campo empresarial local, como con los sectores del gran mundo financiero, le daba un "juego" que era impensable para su antecesor. Era Krieger una advertencia para los sectores sindicales "el gobierno respetará a los sindicatos, si éstos se limitan a su función específica".

El anuncio de Francisco Prado de que se podía adelantar el CCC llevó a muchas conjeturas, pero había una creencia generalizada que si efectivamente el CCC sesionaba en enero, seguramente sería para decidir una nueva huelga. La evaluación que la dirigencia sindical hizo del paro del 14 de diciembre fue positiva. El lema de los portuarios que ya habían superado los dos meses de huelga era también un punto de referencia en dos extremos. Mientras San Sebastián acordaba con el Consejo Intersindical Portuario el levantamiento de la huelga en una actitud conciliadora, Lanusse -todavía secretario de Transporte- mostró su intransigencia insistiendo que los huelguistas no podían reincorporarse. La Prefectura acató las decisiones de Lanusse. Los incidentes en el puerto se contaron por decenas. El alejamiento de Lanusse facilitaría la confección de nuevos registros donde se incluirían a los huelguistas.

En los círculos ligados al gobierno volvió a tomar estado público el tema del comunitarismo. Sus adictos, con el coronel Guevara a la cabeza, insistían en reverdecir su proyecto iniciado a partir del derrocamiento de Illia. Según qué grupo interpretara los "Objetivos de la Revolución Argentina" era la interpretación de "democracia representativa".

¿Buscaba el gobierno la participación de la ciudadanía en el quehacer político a través de los sectores básicos de la comunidad para alcanzar esa "democracia representativa" como sostenían muchos de sus miembros? ¿O simplemente eran frases de circunstancia que incluso llegó a decir el propio presidente? En noviembre los gobernadores habían recibido expresas indicaciones del Ministerio del Interior para que "incorporasen en sus elencos a los líderes naturales de la comunidad a través de los organismos básicos... los gobernadores deberán evitar la colaboración de quienes pretenden representar a sectores comprometidos con el antiguo régimen..."

El hecho además de que se hubiese creado una secretaría de Asistencia y Promoción de la Comunidad, a cuyo frente estaba Roberto Gorostiaga, era un motivo más para la polémica. Más aún cuando el propio secretario definió el tema: "por promoción de la comunidad se entiende el estímulo a grupos de ciudadanos intermedios para que ellos puedan asumir soluciones propias".

Claro que resultaba ingenuo suponer que el gobierno pretendiese erradicar la acción política sustituyéndola por la acción de grupos humanos convenientemente promovidos. En este ámbito no podrían discutirse ni debatirse temas globales que sólo pueden hacerse a través de las grandes corrientes políticas. Los planes comunitarios cualesquiera fuesen sus formas no pueden dictarse verticalmente. Los ejemplos externos que cada grupo traía según su conveniencia no eran válidos. Menos aún podía pensarse que el gobierno pudiese gestar y consolidar un partido único. La politización del pueblo argentino era lo suficientemente madura y heterogénea para suponer que la idea funcionase.

Desde un punto de vista estrictamente lógico no es un absurdo cambiar los términos antes enunciados y admitir que puedan haber democracias capitalistas o socialistas y dictaduras socialistas o capitalistas. La cuestión de fondo no es tanto de definiciones, sino de realidades prácticas. ¿Quién tiene razón? ¿Los que sostienen que la democracia solo puede darse en los regímenes capitalistas, o los seguidores de Lenin que consideran que la democracia solo es posible aplicarla desde la dictadura del proletariado? Para no pocos funcionarios del gobierno todavía no estaba claro si era posible que un sistema económico socialista coexistiese con un sistema político liberal o viceversa.

En estas discusiones -o búsquedas- era claro que quienes tenían en sus manos el control económico, sabían muy bien qué querían hacer con la economía... y la política.

## UN DEBATE ABSTRACTO

Los canales de TV en manos del Estado estimulaban el debate sobre el tema. Era evidente que desde un sector del gobierno se hacían todos los esfuerzos posibles para difundirlo y ampliarlo. Quienes participaban de la idea no dejaban escapar la ocasión para insistir con que "los partidos políticos no representan a nadie y temen nuestras ideas porque pierden clientela". En general este sector usaba como fuente de doctrina un trabajo del francés Michel Creuzet "Los cuerpos intermedios" quien sostenía "algunos creen que vamos fatalmente hacia un nuevo tipo de relaciones humanas en el cual no habrá nada más que masas y Estado, y donde éste tomará a su cargo la totalidad de la vida social. Otros suponemos que una multitud jerarquizada de comunidades entre la familia y el Estado es la mejor garantía de la libertad personal, condición del progreso social y de la verdadera paz civil". Otro francés, Jaime de Mahieu, radicado en la Argentina era observado y tomado como fuente de inspiración. Decía Mahieu "El comunitarismo nada tiene que ver con el fomento de las comisiones vecinales sino que busca restablecer el orden social natural de las comunidades humanas... el régimen de partidos es antinatural porque pone el gobierno de la comunidad a merced de asociaciones de individuos que responden a intereses particulares... un Estado natural emana, en cambio, del conjunto orgánico de grupos sociales asociados o federados en comunidades intermedias... cada comunidad intermedia para realizarse en plenitud requiere fueros... es preciso que el Estado central tenga la autoridad imprescindible para unificar las fuerzas de las comunidades intermedias..."

La cultura y la formación política de los franceses seguían influyendo sobre los argentinos. Estos pensamientos de la década del 60 se habían discutido ya cuando Juan J. Rousseau, a mediados del siglo XVIII, estableció las bases de la democracia representativa. Para Rousseau el gobierno debía ser fruto de la voluntad concertada de la mayoría, y no de grupos sociales. Quienes se oponían -y se oponen- al concepto de Rousseau, entre ellos Carlos Maurras otro sociólogo francés muerto a mediados de la década del '50 quien sostenía que la democracia representativa era una falacia. Para Maurras "Las corporaciones eran en el siglo XX lo que las catedrales fueron en el siglo XII".

Aceptando el pensamiento de Maurras, aceptaríamos que el poder central es para los ilustrados o los grandes héroes como sucedía con las corporaciones medievales. El tema continuará debatiéndose durante el gobierno de Onganía pero pocos, muy pocos, comprenderían realmente el mismo. Los hechos parecen demostrar que Onganía se aferró en algún momento al mismo porque él personalmente no entendía muy bien qué hacer con el poder, como no fuera eternizarse en el mismo. Estar a la defensiva es lo peor que le puede suceder a quien pretende hacer una revolución -no importa cuál-, y el gobierno había perdido ya gran parte de su iniciativa.

Una revolución como la que estaba encarnando el gobierno en esos momentos era -aunque el gobierno no lo supiese- una revolución acabada, sin futuro. Porque no es posible pretender hacer una revolución sin saber hacia dónde se quiere ir.

Una vez más, los argentinos nos encontrábamos ante la hora de la verdad y la sinceridad... aunque el gobierno no lo supiese. No servía de nada detener el reloj, los hechos avanzaban y nuestro pueblo seguía demostrando que estaba lúcido y que además tenía una concepción moderna del término "política".

Pero mientras el gobierno absorbía su primera crisis y el tema comunitario quedaba para el debate, una carta proveniente de Puerta de Hierro motorizó al peronismo y muy especialmente al movimiento obrero. En la misma, Perón ordenaba el apoyo a los obreros azucareros tucumanos, ferroviarios y portuarios: "...mantener nuestra solidaridad sigue siendo el factor del